

TEOLOGÍA

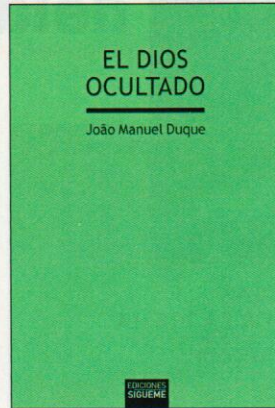
El autor intenta describir con gran lucidez el momento cultural que estamos viviendo y situar en él la fe y la teología cristianas

Lúcido, pero insuficiente

Nuestro tiempo ya no se puede describir desde el concepto clásico de modernidad y secularización de hace unas décadas. La posmodernidad ha tomado su relevo y hay que superar los análisis “modernos” y conciliares, pues se han quedado desfasados. Es preciso abordar la posmodernidad en sí misma, para poder enmarcar en ella el discurso sobre Dios.

Para ello, hay que comenzar con **Nietzsche** y su crítica a la modernidad (a través del tema de la muerte de Dios y sus posturas ante la moral, la verdad y la metafísica, y el eterno retorno como alternativa a la escatología), y seguir con aquellos otros autores que, desde la filosofía, han continuado esa deconstrucción de la modernidad y de la fe cristiana. Desde este esfuerzo crítico, puede hablarse de la ambigüedad de la secularización en sus distintos aspectos, que ha desembocado en la sacralización del yo y de lo secular y en una desteologización de lo religioso.

Pasando al campo de la religión, el capítulo IV de este libro presenta un interesantísimo panorama de las religiosidades posmodernas. Ha vuelto lo religioso, pero ¿qué ha vuelto en el fondo? De la mano de **Heidegger** y de **Derrida**, el teólogo portugués **João Manuel Duque** intenta una descripción de lo religioso: el actual pluralismo de lenguajes y culturas no permite su fundamentación absoluta, sino siempre relativa y fragmentaria, lo que lleva a un proceso infinito de interpretaciones. Lo sagrado se presentaría como algo “tan inarticulable como inexpresable” (p. 147). Surge aquí, por tanto, el gran problema de la verdad que puede llevar en sí y a la que aspira la religión.



EL DIOS OCULTADO

João Manuel Duque

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2017 · 352 pp.

Una incursión posterior conduce a un interesante y novedoso estudio de la cibernética en nuestra cultura, que tendría una muy seria semejanza y evocaciones gnósticas.

Pero tal vez el capítulo más interesante sea el VI, en el que se abordan las teologías de la posmodernidad. Un primer punto, de gran solidez, ofrece un panorama filosófico que sirve de trasfondo, articulado en tres grandes bloques: la crítica a la trascendencia y la metafísica (**Nietzsche**, **Heidegger** y **Vattimo**), la crítica a la unidad inmanente (**Wittgenstein**, **Lyotard**, **Rorty** y **Welsch**) y la crítica a la unidad hermenéutica (**Gadamer**, **Derrida** y, desde un punto de vista muy distinto, **Lévinas**). Solo entonces, en una segunda parte, se abre la exposición a proyectos teológicos actuales que encajarían mejor en ese panorama: **H. U. von Balthasar** (el amor como plenitud de la metafísica), **Jüngel** (la muerte de Dios por amor), **Metz** (la memoria *passionis* como reserva escatológica), **Marion** (la superación del ídolo por medio del icono) y **Lindbeck**. Es imposible dar cuenta del contenido de estas páginas, que son un portento de síntesis del pensamiento de cada uno de los autores citados.

Los tres últimos capítulos constituyen un segundo gran bloque de esta obra. ¿Qué caminos le quedarían a la fe y a la teología en este panorama cultural? En primer lugar, la hospitalidad como base de una metaética basada en la acogida incondicional (este tema lo desarrolla, curiosamente, de la mano de **Derrida**, y no de **Lévinas**). La teología, en segundo lugar, solo podría ser a estas alturas teología narrativa (aquí los autores de referencia son **Jüngel**, de nuevo, y **Ricoeur**) y una teología estética.

Estamos, como puede verse, ante un esfuerzo intelectual gigantesco de describir el lugar que podrían encontrar la fe y la teología cristianas a estas alturas de nuestra historia. Solo esto justifica ampliamente que se recomiende su lectura.

Sombras y sospechas

Pero no dejan de quedar sombras y sospechas. En primer lugar, el eurocentrismo absoluto de la obra. Es un discurso claramente de la teología cristiana del primer mundo. ¿Es esto asumible a estas alturas de la conciencia plural en la que vivimos? Y dentro de este campo, se tiene la sensación de que autores como **von Balthasar**, **Jüngel** o **Ricoeur**, o la “palabrería vacía” de **Heidegger** o **Derrida** no ofrecen ya muchos elementos aprovechables.

Más grave me parece la gran ausencia de la dimensión comunitaria y social. Solo el capítulo sobre la hospitalidad se acerca algo a ello. Pero el mismo autor tiene que incluir, tanto al hablar de la teología narrativa como de la estética, la obligatoriedad que estas tienen de someterse a la ética, pues son claramente insuficientes para dar cuenta de importantes aspectos del mensaje cristiano.

Y, por último, pero no lo menos importante, ¿puede quedar la oferta cristiana reducida a la ética de la hospitalidad?

En definitiva, un magnífico análisis de nuestra situación cultural, pero una propuesta claramente insuficiente, al olvidar las dimensiones más públicas e ineludibles del cristianismo.

DIEGO TOLSADA